



19 AGO

"La Moscheta"

Otra Incursión de Arte del Estable de Turín

Al público del Odeón le han entretenido las inocentes alternativas grotescas de la antigua farsa de Ruzante, "La Moscheta", sin que dejase, sin embargo, de significar cierto inconveniente para la cabal comprensión de tan alegre y suculento texto el que la representación adoptase el dialecto en que originalmente fue escrita, la lengua popular que tenía curso en la Padua del Cinquecento. Una pequeña parte del disciplinado conjunto del Teatro Estable de Turín tuvo a su cargo la animación y el relieve de la versión escénica, de acuerdo al muy adecuado montaje de Gianfranco De Bosio, en quien por tercera vez hemos de reconocer notables dotes directivas. Había sido precisamente él, De Bosio, al frente de un elenco adscripto a la Universidad de Padua, hace unos diez años, el feliz exhumador de la obra del olvidado comediógrafo, cuyo ingenio alcanzó esplendor durante la primera mitad del siglo renacentista.

Angelo Beolco nació en la época en que la mencionada ciudad perdía una de sus mayores glorias, Mantegna, y como éste lo había sido en la pintura, Beolco, que hizo su seudónimo del nombre bufonesco de uno de sus personajes, "Il Ruzante", iba a ser, con relación al teatro, un precursor. "La Moscheta" fue escrita poco más o menos por los años coincidentes con los últimos de Maquiavelo, cuando la "commedia dell'arte", o sea la farsa improvisada por los histriones de trashumante oficio, empezaba a conquistar el favor de las cortes, conquista que se acentuaría a pocas décadas. El Ruzante era a la vez cómico de la legua harto apreciado en comarcas paduanas y vénetas, merced a la gracia de su propio repertorio, el cual tendía a emanciparse del ancestral remedar a Plauto, aunque conservaba del modelo latino la licencia en cuanto a la salacidad del lenguaje.

Ello acaso explique el que la exhumación, incluida en el cartel del Teatro Estable de Turín a modo de revisión documental dentro de un ciclo y puesta en escena como bella y jugosa enseñanza de seminario artístico, quede adherida al dialecto cuyo dominio escapa a los espectadores, pero que además de prestar un rudo y áspero encanto disimula mejor los borbotones de palabras gruesas, pimentada salsa.

Si el lenguaje, por prurito de naturalidad dentro de la pintura de gente rústica, incurre en lo irreverente y goliardesco, la fábula no podría, en cambio, ser más ingenua, al desenvolver la desventura del tosco y pusilánime marido apaleado. Otros personajes (todos ellos propensos al monólogo explícito y al aparte subrayante) configuran la hembra pizpireta, el pícaro aprovechado y el hombre de armas bravucón, tipos que en la "commedia dell'arte" se graban en clisé. El protagonista abunda en matices que van de la candidez y la poltronería a la quejumbre del infeliz y por cierto que Franco Parenti lo interpreta en modo sobresaliente. Edda Albertini expresa donosa astucia. Alessandro Esposito obtiene un acierto caricatural en el perfil del capitán bergamasco. Virgilio Zernitz sabe ser expresivo. Y el prólogo, advertencia en boca de palurdo, está dicho con maestría por Gianni Mantesi. Posee vigor plástico el decorado de Mischa Scandinella, proyectista también del vestuario.

E. G.